

# MUJERES EN LA CARCEL

# «Nos han hec

Por ELISEO BAYO

*A excepción del libro de Lidia Falcón ("En el infierno"), de un relato sobre la cárcel de Ventas y de la obra en imprenta de Juana Doña (presa durante quince años), poco más se ha publicado sobre los fusilamientos de mujeres y sobre los presidios en que agonizaron decenas de ellas en la larga posguerra. Ahora tenemos un testimonio directo. Carmen Chicharro narra su terrible historia. Tengo sesenta y dos años y se me escapan hechos y detalles porque a veces me falla la memoria, dice Carmen Chicharro y añade con descomunal entereza de mujer: No he podido retener, aunque lo he intentado, todo lo que he sufrido. El relato fue registrado en cassette hace dos años. Hasta hoy no nos hemos decidido a publicarlo.*



Carmen Chicharro es empleada del Príncipe de Vergara, hoy calle del Ge-

Carmen Chicharro es empleada del Metro de Madrid desde 1933. Tres años antes habían ingresado en el Partido Comunista ella, con dieciséis años, y su hermana, Mercedes, con dieciocho. "Para aquellos años, en que las mujeres no se incorporaban en gran número a ese partido, ni a otros, nuestra militancia tenía que ser necesariamente rara. Lo hicimos por la influencia de un tío nuestro, hermano de mi padre, llamado Emeterio Chicharro. Para nosotras era un mito, un ser extraordinariamente bueno y entregado a los demás. Había sido fundador del Partido Comunista y era entonces presidente del Sindicato de la Madera. Mi hermana Mercedes también era empleada del Metro y nuestra actividad se centraba en la lucha sindical por mejorar las condiciones de los trabajadores. Mercedes se destacó como una gran sindicalista y pronto fue dirigente del Sindicato de Ferrocarriles".

Las dos hermanas participaron activamente en la agitada vida política de la época. Carmen fue detenida en 1934, acusada de desórdenes públicos y enviada a la cárcel, a pesar de la brillante defensa que hizo de ella Victoria Kent.

—Con el triunfo del Frente Popular reingresamos todos los despedidos del Metro. Mi hermana se casó con Lucio Santiago, del Comité Central del Partido Comunista. Al estallar el levantamiento, se formaron las milicias ferroviarias en un cuartel de la calle del

Príncipe de Vergara, hoy calle del General Mola. Me incorporé inmediatamente a ellas, pero no fui al frente, sino que atendí el sector de logística hasta que las milicias se disolvieron en el Ejército regular. Entonces, mi hermana y yo volvimos al Metro hasta que terminó la guerra.

El Metro fue militarizado por la Quinta Bandera de Falange, que durante unas semanas —y por falta de personal adicto especializado— respetó casi todos los puestos de trabajo, entre ellos el de Carmen Chicharro. Su hermana Mercedes se había escondido por temor a las represalias y el padre había sido detenido.

—Mi despido llegó el cuatro de junio del treinta y nueve. En el mes de mayo había comenzado la persecución de mi familia. Mi domicilio, como el de muchos otros madrileños, había sido incautado por la Falange y tuvimos que refugiarnos en casa de un familiar. Pero el trece de agosto nos localizaron y fui detenida. Emeterio y Mercedes pudieron escaparse a tiempo, y con grandes dificultades llegaron a La Coruña. Me condujeron a la calle del Barco, donde estaba la sede de la Quinta Bandera, y con gran asombro mío me dejaron en libertad tras tomarme declaración. Esa treta se haría tristemente famosa. Nos dejaban en libertad como cebo, para que les condujéramos al sitio donde se escondían los más buscados.

"A la tensión de sentirnos acorrala-



dos se unía el hambre espantosa. No había trabajo para nosotros en ningún sitio y todos nuestros amigos estaban huidos o encarcelados. Era una situación de angustia, sin salida. Nos pasábamos días y días sin comer, y cuando lo hacíamos era en boudillo hervido o un chusco de pan negro. La figura de mi madre era patética, su marido en la cárcel; sus hijos, perseguidos, y ella temiéndolo a cada hora la llegada de la Policía.

#### MUJERES ANTE LOS PIQUETES DE EJECUCION

Carmen Chicharro narra las escenas de terror del Madrid recién liberado. Las cárceles, abarrotadas; los conven-

**"Uno detrás de otro aquellos ocho policías me violaron".**

tos, convertidos en prisiones; los locales políticos, en comisarias, y los alrededores de Madrid, estremecidos por las descargas de fusilería. La Policía, las Banderas de Falange y millares y millares de chivatos ex quintacolumnistas rastrellaban la ciudad piso por piso en la mayor operación de exterminio y de pillaje conocida sobre nuestro suelo.

—Fui detenida de nuevo cinco días después. Esta vez me llevaron a las ofi-

# cho de todo»



**"Nos pasábamos días y días sin comer".**

rable al que vivimos entonces y creo que nadie puede olvidarlo. No estábamos en guerra, hacía tiempo que la habíamos perdido y no teníamos ni la esperanza de que cesaran alguna vez los fusilamientos.

## EL PEOR ENEMIGO DE LA MUJER: SUS CARCELERAS

En aquellos meses las condenadas a muerte vivían las últimas horas junto a sus compañeras. Se despedían de ellas en el último momento. Cada noche eran voceados los nombres y había que buscar a las desgraciadas entre la masa de mujeres aterrorizadas.

—Casi todas ellas salían valientemente, pero también había escenas patéticas de mujeres que se agarraban a sus compañeras y se resistían a ser llevadas a capilla. Allí escuchaban el último sermón del cura y del director. Les decían que estaban recibiendo su merecido y que así acabarían todas las que como ellas hubieran tomado parte en la guerra.

"Otro de los sufrimientos era ver ingresar diariamente a las mujeres torturadas. A algunas las traían en camilla. Su estado nos recordaba que no había terminado el peligro y que cada día,

por su saña era María Topete. Presumía de familia aristocrática y era fría y altanera. Con su íntima amiga Susana se divertía golpeando a las presas hasta que no podía mover los brazos. Había otra de triste recuerdo, Fernanda, no recuerdo el apellido, que asistía a los fusilamientos y disparaba el tiro de gracia. Cuando regresaba a la prisión contaba con verdadero repocijo lo que había visto sin olvidar ningún detalle macabro. Violeta era guardiana en el departamento donde habían alojado a más de mil muchachas menores de veinte años. Pues Violeta era un personaje sádico, monstruoso, que convirtió aquel departamento en una sala de tortura inenarrable.

## UNA CARCEL DE LA INQUISICION EN ZARAGOZA

El 20 de noviembre de 1939 compareció ante un Consejo de Guerra con



cinas metropolitanas, donde estaba el Tribunal Militar de Ferrocarriles. Me golpearon sin torturarme y pasé a la prisión de Ventas. La visión de aquella cárcel era alucinante. Más de once mil mujeres se hacían en aquella prisión que no tenía capacidad más que para mil. Los patios, las escaleras, las galerías y las celdas eran una masa de montones de mujeres harapientas y desnutridas que no podían moverse de su sitio. Los retretes eran insuficientes y se reventaban. Nos daban un solo plato de comida cada veinticuatro horas sin hora fija. Un día era a las doce del mediodía y otro a las tres de la madrugada. Normalmente era un caso de agua con un trozo de zanahoria. El

hambre era tan espantoso que algunas mujeres mullaban de dolor, aumentado, además, por la sarna y la avitaminosis.

"Pero el sufrimiento mayor procedía de los fusilamientos. Cuando llegué a la prisión, el veintidós de agosto, la había connotionada por el fusilamiento de las menores. El día cinco de ese mes habían llevado ante el piquete de ejecución a trece menores, casi todas niñas; la mayor tenía diecisiete años y el resto no contaba más de diecisiete. Aquella madrugada las fusilaron junto a cincuenta y cinco muchachos de la misma edad, cerca de la prisión, en el cementerio del Este. Las presas oyeron los tiros de gracia que recibieron los sesenta y ocho jóvenes. No hay terror compa-

## EL PEOR ENEMIGO DE LA MUJER: SUS CARCELERAS

En aquellos meses las condenadas a muerte vivían las últimas horas junto a sus compañeras. Se despedían de ellas en el último momento. Cada noche eran voceados los nombres y había que buscar a las desgraciadas entre la masa de mujeres aterrorizadas.

—Casi todas ellas salían valientemente, pero también había escenas patéticas de mujeres que se agarraban a sus compañeras y se resistían a ser llevadas a capilla. Allí escuchaban el último sermón del cura y del director. Les decían que estaban recibiendo su merecido y que así acabarían todas las que como ellas hubieran tomado parte en la guerra.

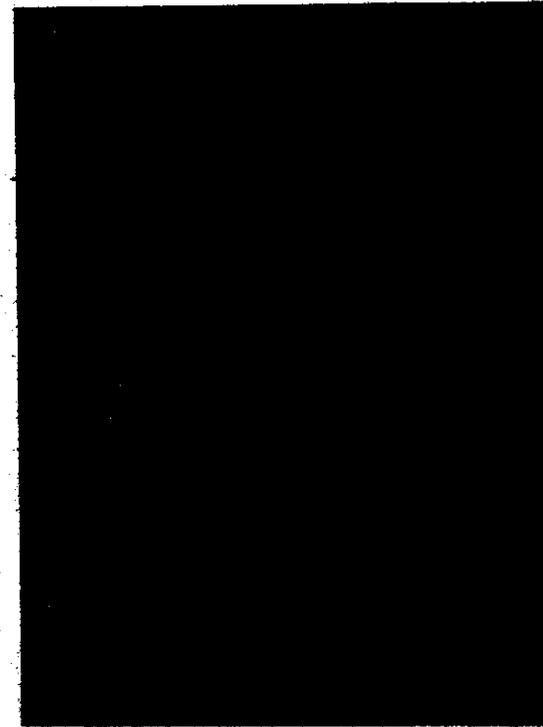
"Otro de los sufrimientos era ver ingresar diariamente a las mujeres torturadas. A algunas las traían en camilla. Su estado nos recordaba que no había terminado el peligro y que cada día, como así ocurría, era posible que vieran a buscarnos para sufrir nuevos interrogatorios. Se las llevaban de nuevo a los centros de Falange o a las comisarías y algunas no volvieron. La mayoría regresaba irreconocible un mes después, con la cabeza rapada y arrastrándose por la toma de ricino, ensangrentadas y al borde de la muerte.

"Cuando ingresé, la directora era Carmen Castro. Apenas la veíamos y dejaba que las funcionarias actuaran a su capricho. Casi todas eran falangistas y nos odiaban a muerte. Entre ellas destacaba una guardiana vieja llamada Teresa, a quien nosotras conocíamos por la "Veneno". Esta mujer sacia y grosera castigaba sin ningún motivo, por el solo placer de torturar. Una vez la vi reventar contra la cara de una cecosa un tomate tras otro de una cesta que nuestra compañera había recibido de su pueblo. Otra que se destacaba

departamento donde había llegado a más de mil muchachas menores de veinte años. Pues Violeta era un personaje sádico, monstruoso, que convirtió aquel departamento en una sala de tortura inenarrable.

## UNA CARCEL DE LA INQUISICION EN ZARAGOZA

El 20 de noviembre de 1939 compareció ante un Consejo de Guerra con



Tras quince años seguidos de prisión, Juana Doña confirma punto por punto el relato de Carmen Chicharro.

petición fiscal de pena de muerte. Su causa tenía el número 40.042. En menos de ocho meses desde que finalizara la guerra los procesamientos en una sola ciudad, Madrid, habían llegado a esa cifra.

—Me consideré afortunada por haber sido condenada a veinte años. En

diciembre me condujeron con doscientas mujeres más a la cárcel de Zaragoza. En vagones de mercancía tardamos cinco días en recorrer los trescientos kilómetros. No los abrieron en todo el viaje ni nos dieron comida. El frío era tan intenso y tanta nuestra debilidad que no podíamos sostenernos en pie. Y a culatazos de fusil nos empujaron hasta la vieja cárcel de Predicadores, construida en tiempos de la Inquisición. Era un caserón lúgubre y sombrío donde se amontonaban unas cuatrocientas mujeres. Todas estaban famélicas y aterrorizadas. Había muchas campesinas de Aragón y se arrastraron hasta nosotras pidiéndonos comida, como si no estuviéramos tan hambrientas como ellas. Todas estaban llenas de parásitos y de sarna y padecían disentería.

"Permanecíamos todo el día en los patios, húmedos y fríos en aquella época, y nos daban un plato de agua con nabos al mediodía y un cazo de salvado por la noche. En aquella cárcel pasaba algo que nunca acabé de entender. Más de cien mujeres pelábamos cada día sacos y sacos de patatas con hojas de lata que nos destrozaban las manos. Nos vigilaban para que no comiésemos las patatas crudas y cada día pelábamos montones ingentes que no aparecían en el rancho. Las mujeres se morían de inanición y de falta de higiene y el médico sólo acudía para certificar las defunciones.

#### LO MATARON EN LA COMISARIA Y ARROJARON EL CADAVER AL RETRETE

Tres años después, en 1942, Carmen Chicharro salió en libertad provisional. En aquella época era tan elevado el número de presos en las cárceles y en los



pañeros que no habían sido localizados. Ni siquiera abrió la boca para decir su nombre. Lo mataron en los calabozos de la comisaría, machacándole la cara hasta convertirla en una masa sanguinolenta. Metieron el cadáver en

que sabía con horrible acento alemán. Empezaron a golpearme en seguida. Habían formado un corro y yo estaba en el centro. Los golpes venían de todas partes y pronto empecé a ver mi propia sangre. Así me tuvieron varios días, hasta que me llevaron al sótano,

Intenté sentarme, pero un dolor tremendo me hizo separar de nuevo las piernas. Tenía la vagina totalmente destrozada. Todo mi cuerpo estaba mojado...

#### MI HISTORIA NO ES UNICA

"Totalmente destrozada y después de esa barbarie, fui trasladada al pala-

**"Las mujeres se morían de inanición y de falta de higiene".**

cio de Justicia. Me arrojaron al suelo como si fuese un saco, pues no podía sostenerme. Me presentaron a muchos detenidos para tratar de que los identificara. Yo sólo podía decir: 'Me han violado! ¡Me han violado entre ocho!' Los otros detenidos abrían mucho los ojos y callaban. No era yo la primera violada en mil novecientos cuarenta y dos, pero yo me sentía morir y sólo me importaba que los compañeros supieran lo que habían hecho conmigo.

"Del Palacio de Justicia me llevaron a la prisión sin haber firmado ninguna declaración. Esta era una prisión provincial pequeña, pero como todas las de España, estaba llena de mujeres, todo eran mujeres por todas partes, todo mujeres detenidas, mujeres vejadas, maltratadas y hambrientas. Los meses siguientes fueron horribles, siempre con el miedo de haber quedado embarazada. Estaba decidida a quitarme la vida. No habría podido aguantar un hijo de esa brutalidad, no habría podido aguantarlo. Lo sabía entonces y lo sé ahora.

#### MUJERES SILENCIADAS

Su tío Emeterio había sido enterrado

tificar las defunciones.

## LO MATARON EN LA COMISARIA Y ARROJARON EL CADAVER AL RETRETE

Tres años después, en 1942, Carmen Chicharro salió en libertad provisional. En aquella época era tan elevado el número de presos en las cárceles y en los campos de concentración que amenazaba con colapsarse el trabajo en el campo y en las industrias. Carmen había sido desterrada de Madrid y decidió trasladarse a La Coruña. Allí tenía que presentarse cada día al cuartel de la Guardia Civil, y por el temor de ser detenida de nuevo se sepultó en la vida clandestina. Formó parte de una célula de escucha de la BBC y ayudó a editar periódicos y octavillas sobre la marcha de la guerra. Con motivo de la llegada de Franco al pazo de Meirás, la Policía desató una amplia operación de limpieza, ayudada por unos cuantos confidentes introducidos en la organización.

—En pocos días fuimos detenidos más de quinientos resistentes, entre ellos Emeterio y Eladio Chicharro, el tercer hermano de mi padre. Mercedes pudo huir a las montañas de Lugo. Emeterio fue torturado atrocemente para obligarle a denunciar a los com-

pañeros que no habían sido localizados. Ni siquiera abrió la boca para decir su nombre. Lo mataron en los calabozos de la comisaría, machacándole la cara hasta convertirla en una masa sanguinolenta. Metieron el cadáver en

*"Habían llevado ante el piquete de ejecución a trece menores, casi todas niñas..."*

un retrete y allí lo vieron todos los compañeros totalmente desfigurado. Muchos de ellos se reventaban antes de pedir ir al retrete o lo hacían en los calabozos.

### ... Y ENTONCES EMPEZO MI VIOLACION

"Fui detenida por segunda vez en agosto de mil novecientos cuarenta y dos. Me llevaron a la comisaría de la calle Real, de La Coruña, y me recibieron ocho policías de la escolta secreta de Franco, a los que acompañaba una mujer que pronunciaba el poco español

que sabía con horrible acento alemán. Empezaron a golpearme en seguida. Habían formado un corro y yo estaba en el centro. Los golpes venían de todas partes y pronto empecé a ver mi propia sangre. Así me tuvieron varios días, hasta que me llevaron al sótano, donde había una mesa grande de despacho. La alemana me hizo desnudarme y después ella misma me ató con las piernas separadas. No sabía lo que iban a hacer, no sabía lo que querían, pero pronto me di cuenta de aquello, de que era monstruoso. Todo lo que pasó después fue tremendo y me hace estremecerme cada vez que lo recuerdo. Estaba atada con las piernas totalmente separadas y entonces empezó mi violación. Uno detrás de otro, aquellos ocho policías me violaron. Atada me violaron los ocho, uno detrás de otro. Perdí el conocimiento. Aquella tabla de la mesa se me clavaba en los omoplatos, mi cabeza colgaba en el vacío y el peso de mis violadores hacía que mis pulmones se asfixiasen. No recuerdo demasiado bien todo lo que me pasó. Cuando volví en mí estaba sola en el sótano, aún atada a la mesa por la cintura pero desatadas las piernas.

cas, maniatadas y manorreñadas. Los meses siguientes fueron horribles, siempre con el miedo de haber quedado embarazada. Estaba decidida a quitarme la vida. No habría podido aguantar un hijo de esa brutalidad, no habría podido aguantarlo. Lo sabía entonces y lo sé ahora.

### MUJERES SILENCIADAS

Su tío Emeterio había sido enterrado a escondidas. El tío Eladio moriría varios años después en el Penal de Burgos. Carmen saldría en libertad y hasta mucho tiempo después no tendría noticias de su hermana Mercedes. Estuvo sola en las montañas de Lugo, perdida sin poder encontrar a los guerrilleros. Casi muerta de hambre y de frío la encontró un cabrero y le ayudó. Le dijo a cuidar una reata de cabras y así pasó inadvertida como una pastora ante la búsqueda incesante de la Guardia Civil. Carmen conseguiría romper el cerco de una nueva persecución. Estuvo en las guerrillas valencianas hasta 1950 y volvió de nuevo a Madrid, donde permaneció escondida seis años. El tiempo de ver morir cansada y triste a su hermana. En 1967 fue detenida de nuevo y procesada por el TOP. Cuarenta años de espantos. Cuarenta años de una sola noche. Cuarenta años de mujeres silenciadas.

# “Evita Perón me salvó la vida”

Juana Doña, indultada por la intervención de Eva Perón, fue la última mujer sentenciada a muerte en la posguerra.

Juana Doña, escritora de sus propias experiencias y de las ajenas, recluida durante quince años por motivos políticos, la última mujer condenada a muerte en España —a excepción de las dos muchachas pertenecientes al FRAP— confirma punto por punto el relato hecho por Carmen Chicharro.

“Aún podríamos añadir muchas atrocidades más —dice— cometidas en las cárceles contra las mujeres. Yo también estuve dos años en la cárcel de Ventas con más de diez mil mujeres. Te ponías en la cola del water a las ocho de la mañana y podías esperar hasta las diez de la noche. Nos daban de comer cada veinticuatro horas y cada escalón era el ‘dormitorio’ de una mujer. Era como un cuerpo de miles de cabezas; cuando se movía una tenían que hacerlo todas”. Juana Doña había ingresado en el Partido Comunista a los trece años, cuando solo había seis mujeres en esa organización, al poco de

proclamarse la Segunda República. Su marido, Eugenio Mesón, dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas, fue fusilado tras uno de los primeros consejos de guerra celebrados en Madrid al terminar la guerra. Juana Doña conocería a lo largo de quince años un rosario de cárceles de mujeres. Conmutada de la pena de muerte por la intervención de Eva Duarte de Perón, fue a parar a la prisión de Segovia y, cinco años después, a la de Guadalajara. “Estuve siete años en esta última y quien no ha pasado por ella no puede conocer las cárceles franquistas. Fue la única vez en que he pensado en el suicidio. Ahora estoy recogiendo en un libro todos los recuerdos de las cárceles para hacer justicia a los miles y miles de mujeres que dejaron la vida o la salud en los penales. Creo que es necesario escribirlo porque hasta ahora se ha silenciado lo que sufrieron las mujeres en aquellos terribles años de la represión”.